

## Bienvenidos al fiestón

### *El convite de los animales*

JORGE VELOSA RUIZ

LAURA ORTIZ HERNÁNDEZ,  
“SOMA DIFUSA” (ilustraciones)  
Monigote, Bogotá, 2021, 268 pp., il.

EN CIERTA historia muy conocida, se nos habla de un reino, del nacimiento de una niña y una gran fiesta organizada para celebrarlo. No se ahorraron esfuerzos, ni se escatimaron gastos, a fin de que el convite fuera inolvidable. Pero sucedió que los orgullosos padres, los reyes de aquel reino, tomaron una decisión equivocada: un nombre no fue incluido en la lista de invitados. Hubo una persona a quien los reyes prefirieron olvidar, pues, siendo un ser en extremo poderoso y temible, su simple presencia, pensaron, acarrearía la desgracia. Y sin embargo, tratando de evitar el infortunio, sus acciones no hicieron más que provocarlo.

El error trágico en que incurrieron los monarcas europeos de la leyenda recogida por los hermanos Grimm fue uno que no cometieron los muy sencillos habitantes de la cordillera Oriental colombiana, protagonistas de otro cuento, esta vez orquestado por el maestro Jorge Velosa Ruiz en su libro *El convite de los animales*. Los animales del bosque sí que invitaron a su fiestón a todos y cada uno de los miembros de su tribu y, sobre todo, llegando incluso a la picardía para conseguirlo, aseguraron la presencia de un sujeto medianero, eslabón entre realidades y dimensiones: el cantor, fiestero y fabulista Juan Torbellino. Porque, así como nuestros reyes de marras perseguían un propósito al excluir de su celebración a la maga oscura, de simétrica manera los animales del bosque contaban con alcanzar una meta muy clara al invitar a Juan a su convite. Si en la narración europea se trataba de conjurar el mal, que a la postre provocaron, en el cuento carranguero el fin último era obtener una merced: al ser Juan Torbellino

[...] cantador de historias y de sucesos, [...]

lo tábamos aguaitando  
pa ver si al ir escuchando  
lo que aquí se va a decir,  
lo arrulla en su discurrir  
y lo va por áhi contando. (p. 31)

Propósito que, por supuesto, se consiguió a pedir de boca, pues Juan —a pesar de que antes de caer en la celada tendida por los animales del bosque se dirigía a toda prisa hacia ciertas fiestas— no lo pensó dos veces:

Las jiestas son mi elemento  
y una menos no es descuadre,  
de modo que cuando digan,  
porque yo voy a quedarme. (p. 33)

Y quedándose asistió a una ceremonia entrañable: el juego de la palabra, en medio del cual fue testigo, como nosotros lo somos a través de la lectura del libro *El convite de los animales*, de acciones y sucesos memorables. Juan, cumpliendo con su cometido, contó, y al hacerlo le dio visibilidad a las alegrías y ansiedades del bosque y de sus habitantes, y enfocó en una especie de primerísimo primer plano dos de los grandes males que, entre otros, amenazan la viabilidad de la vida sobre este planeta: el olvido y el silencio.

El habitante de las grandes urbes, en medio de su frenesí, ha olvidado que sobre la faz de la tierra existen otros seres aparte de sí mismo. Y ese solipsismo empobrecedor y peligroso apunta, entre otros blancos, al lenguaje. Las grandes tradiciones culturales han construido un paradigma lingüístico que se autoimpone e insta en la cima de la corrección y la belleza. El arduo proceso para incorporar esa complejidad garantiza que solo los privilegiados puedan aspirar a manejarla con solvencia. Se abre entonces una brecha muy difícil de cruzar que separa lo correcto y elegante de lo burdo y erróneo, y en esa medida otorga identidad y perfecciona un criterio de inclusión y exclusión que, deslizándose sobre la superficie de los territorios expresivos, se enraíza desde poderosas estructuras económicas y políticas. Hablamos de lo culto y lo vulgar, y por ese camino, a través de lo escritural y lo oral, concluimos en los mecanismos que delinear la fisonomía de las sociedades, con sus grandes consensos y contrastes.

Tal es uno de los centros neurálgicos que hacen visible *El convite de los animales*, pues a lo largo de sus 268 páginas, sus cinco melgas, su glosario e índice de animales y sus hermosas

ilustraciones, somos arrojados al caudal prodigioso del habla campesina. Una lengua ignorada y despreciada que, sin embargo, nos abruma con su vitalidad e inteligencia y nos pone de presente la hondura de un saber construido en silencio, al margen, abrigado en su propia sencillez, contra las arrogancias hegemónicas. Un lenguaje y, por tanto, un mundo que se sabe a sí mismo y construye identidad, pues si la lengua y el saber cultos terminan por abdicar de sus diferencias y homogeneizarse casi por completo, ese filón del hablar campesino está inexorablemente arraigado a sus circunstancias. Un erudito europeo se distingue difícilmente de otro americano, pues juntos han aprendido una serie de convenciones culteranas que los instalan, prácticamente, en la abstracción. La parla del altiplano cundiboyacense que nos presenta Juan Torbellino es comprensible allí, en su particular vibración y temperatura, y se separa, con toda evidencia, de la caribeña o la llanera, o del argot de las comunidades marginales de la ciudad.

La propuesta que nos presenta Jorge Velosa, al cuidado de la Editorial Monigote, e ilustrada con gran sensibilidad por Soma Difusa, puede ser leída, recitada, cantada o producida a través de medios escénicos o audiovisuales. Entretejiendo una suerte de fábula de gran formato, bordea, como el mito, la posibilidad de decir lo indecible; de acercarnos a los territorios que, desde más allá del lenguaje, sostienen todo lo que puede ser experimentado y referido. Cuenta con la capacidad —añorada con amargura, luego de que la eclosión de la reproducción técnica despojara a la narración, y al narrador, de su aura vital— de ser, nuevamente, centro de la asamblea humana y por lo tanto generadora, productora y divulgadora de cultura política. Es impensable atravesar el cuerpo de *El convite de los animales* sin asistir al resurgimiento de la facultad de escuchar a otros con atención. Y ese acto simple de oír, de oírse, entreabre ranuras en la costra que nos separa de la realidad olvidada del mundo y nos invita, con su sencillez, a detener el frenesí de nuestras vidas y a presentir la posibilidad de un tiempo cadencioso, sensual, amable,

que nos restituya humanidad y nos permita recomponer nuestra escala de valores.

**Rafael Mauricio Méndez Bernal**